

A T O D O S

por

E. Marquina

I

No digáis «somos tantos»;  
 porque al «somos tantos» pueden oponeros  
 otras cantidades,  
 y deciros «tanto tenemos».  
 O deciros: están por nosotros  
 tantos privilegios;  
 o poseemos tantas  
 fanegas de tierra, en el suelo;  
 y el batán de la industria  
 y el ariete mayor del ejército  
 son, también, cantidades  
 y son, también, nuestros:  
 no digáis «somos tantos»;  
 decid: «hacemos esto».

Y decidlo sin ira y en una  
 luminosa pureza de convencimiento;  
 la tierra está preparada:  
 la han arado los cetros.  
 Los caballos de todos los Cáucosos  
 avanzaron por todos los yermos,  
 rajando el suelo, y tenéis, para henchirlos  
 de futuro, en granos pequeños,  
 bajo la parábola de todos los brazos,  
 los surcos abiertos.

II

Decid: «esto hacemos»; y toda energía  
 transformadora, y el ampo de fuego  
 de todos los hornos, y el fiel de la mente  
 que combina y reparte, y el gesto  
 del sembrador, y la plomada  
 invisible y presente, en las líneas sinfónicas  
 de los monumentos,  
 y lo que en la tierra, además de la tierra,  
 cautiva y contenta las almas, es nuestro.

Decidlo... (En ausencia  
 vuestra, estos años de hierro,  
 paseó sus delirios el hambre  
 por el despoblado solar de los reinos.)

Decidlo... (En ausencia  
 vuestra, estos años de fuego,  
 retrocedió, en sus arbitrios, lo humano  
 a lo fatal, lo forzoso y lo impuesto.)

Decidlo... (En ausencia  
 vuestra, el metal del dinero  
 fué molde del orbe; y dispuso  
 de la tierra, unciendo  
 las almas al carro  
 de sus agios y sus contubernios.)  
 Decidlo; es necesario

que se conozca que habéis vuelto  
 de las trincheras y los hospitales,  
 de la abstención y el silencio;  
 decidlo, aunque tenga  
 que renovarse la lucha un momento;  
 decidlo, decidlo;  
 gentes de acción y de ensueño,  
 labradores, pastores, sembradores  
 de pensamientos;  
 decidlo... (El mundo,  
 cuando calló la razón, era bello;  
 y había en el mundo cosas  
 desligadas del barro y del tiempo;  
 pero faltó vuestra voz..., y del mundo  
 mirad lo que han hecho.)

III

En tanto...  
 Las yeguas de Ucrania,  
 rompiendo el freno de los atamanes,  
 descienden por una vertiente de noche,  
 y traen los cascos manchados de sangre.  
 Se incrusta en un cerco de fuego  
 su pupila azabache;  
 y encrespan el tul de la noche,  
 su melena y sus colas al aire.  
 Bracean nerviosas y prietas;  
 y en rápido avance  
 trituran, aplastan  
 coronas, imágenes,  
 y la eucaristía de los trigos  
 y la carne de los rosales...

Una sonrisa cruda,  
 de bárbaro orgullo, se parte  
 sobre mis labios, como una blasfemia  
 inefable.  
 Porque sufro y me duele esta nueva  
 torrentada de instintos salvajes;  
 y, como puntas de daga, en mi cuerpo  
 se clavan las gotas de sangre;  
 pero sé que ella anuncia la hora  
 de la ley nueva, y que sus verbos laten.  
 Porque el tropel de yeguas de Ucrania,  
 desenfrenadas y piafantes,  
 pasará triturando  
 todas las cantidades;  
 pero yo sé que otra vez, sin violencia,  
 volverá a refrenarlas con un poco de aire  
 el atamán impagado y exento  
 que haya quemado toda la grasa de su carne,  
 y que delante de ellas haga surgir la sombra  
 de un pensamiento inexpugnable...

CAPRICHOS

LA SIRENA IMPAR.

Jesús, al pasar por el mar los días de nie-  
 bla, a pie, como siempre, sobre las  
 aguas, toca una sirena que se oye en el  
 mar y desconcierta a los barcos, porque se  
 apartan, y no pasa el barco a que corres-  
 pondiera esa sirena, que es la sirena sin  
 barco.

LAS LENTAS CARRETAS.

En un viaje por Oriente me encontré una  
 carreta panda, solemne, con paso de  
 elefante y que llevaba la más pesada, pero  
 la más perenne, piedra del mundo, para el  
 famoso templo de Salomón, por encargo de  
 Salomón... Unos miles de años llevaba de  
 camino el carro pesado y lento, camino de  
 Jerusalén... Sus ruedas cantaban un canto  
 del pasado.

LA DONCELLITA Y SU PLUMERO.

Fina, esbelta, con dos lazos blancos en  
 los hombros, parecida a una visión  
 ideal; aun con su traje de doncella de casa  
 aristocrática, se veía que no era la mujer  
 vulgar y común que parecía. ¿Qué secreto  
 de nacimiento había en sus largas miradas?  
 Su plumero, de plumas de colores; su plu-  
 mero, pequeñito y gracioso como un colibrí,  
 hacía milagros. Lo pasaba sobre un busto, y  
 embellecía el busto; lo pasaba sobre las mol-  
 duras de un dorado mortecino, y las restau-  
 raba, dándoles el oro más fúlgido; lo pasaba  
 sobre las plantas, y abrían sus flores... Pero  
 nadie se fijaba en los dones miríficos de  
 aquella doncellita, que era disimuladamente  
 el hada de la casa.

UNA AHOGADA.

FLOTABAN sus senos como dos nenúfares  
 naufragados.

EL MARIDO DEL AMA.

Era tan bonita aquella ama que cuando  
 acabó de amamantar al niño de los se-  
 ñores de Rosaldo se casó con un rico seño-  
 rón, que le perdonó aquella falta que abrió  
 las espitas de sus senos, porque había bor-  
 rrado ya bastante su pecado, lo había ex-  
 piado lo suficiente al ser ama.

El nuevo matrimonio no tuvo ningún hijo,  
 y algunas tardes iban a ver al hijo de leche  
 de su mujer, y los antiguos amos de la an-  
 tigua ama los recibían en la sala, producién-  
 dose una escena embarazosa y extraña.

EL BRINDIS DEL TORERO.

Con gran cinismo, aquel torero eligió a la  
 más hermosa mujer de la plaza para  
 brindarle su mejor toro.

El marido, que estaba a su lado, se que-  
 dó perplejo, porque se dió cuenta de que